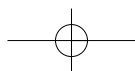

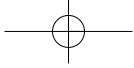



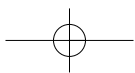
¿Son pasos los que se oyen detrás de la puerta?

El cielo plumizo embosca el valle con su luz barrosa, lo ilumina por un instante con un latigazo de luz, lo estremece enseguida con un estruendo. La villa, diez casas sobre un ancho sendero de ripio, está inmóvil. En la calle, un hombre solo, apretado contra la puerta del almacén, escucha la respiración de la madera. La noche vendrá temprano, azuzada por relámpagos furiosos que anticipan un temporal que no llega. El hombre está exhausto. Ha conducido toda la mañana sin rumbo en un simulacro de huida. Ha gastado toda la mañana los mismos pensamientos, hasta dejarlos blandos, vacíos. La visita inesperada, la confesión, la desaprensión, la partida. Enseguida, la urgencia de dar marcha atrás: si hubiera dicho lo que no había dicho, si hubiera dejado la puerta abierta, ¿habría sido suficiente para convencer a la muchacha de que era otro, distinto del mal recuerdo que la desvelaba por las noches, del fantasma que había venido a exorcizar? Si hubiera encontrado el gesto justo, la respuesta imprevista que sembrara la duda, que desconfirmara la historia con que ella lo acorralaba, ¿la habría hallado esa mañana en la cama o, ya despierta, preparándole el desayuno, aceptando esta nueva convivencia, o simplemente habría ganado un día, dos, postergando lo inevitable? Finalmente, la capitulación: las

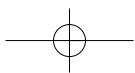
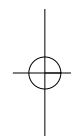
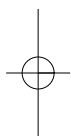


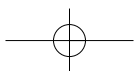
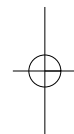
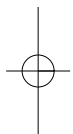
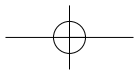



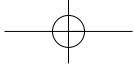
personas no cambian, le había dicho ella la última noche. Tal vez de eso se tratara, de su infructuoso intento de probar lo inadmisibile. Él no había cambiado. Nada había cambiado. Todo había sido un producto de su imaginación. Y así de vuelta al comienzo.




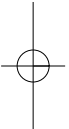
UNO




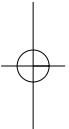
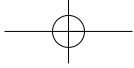




El silencio de la mujer lo tomó por sorpresa.




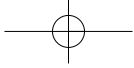
Todos los casos son iguales. Regla número uno. Se lo había dicho Ramírez aquel primer día, antes de darle el trabajo, antes aun de dirigirle la mirada. (Muy de Ramírez eso de hablar sin mirar a los ojos, como demandado por cosas más trascendentes, su manera un tanto teatral de asignar prioridades e importancias relativas, y volverse sólo después de un rato para constatar con velada satisfacción esa suerte de respeto disminuido que buscaba generar en el primer encuentro. Ahora Gallo entendía que el recurso estaba destinado a instalar el distanciamiento, la esencia del contrato implícito que lo uniría transitoriamente al cliente, ese extranjero al que la relación le reservaba sólo dos responsabilidades: aportar información y pagar religiosamente.) Todos los casos son iguales, se repetía siempre Gallo en la primera cita, y luego, si el asunto amenazaba con desbordarlo, colándose en su vida privada, invadiendo sus momentos de ocio (el letargo, la vacuidad de pensamientos que ocupaba el lugar del ocio en la vida de Gallo), la muletilla volvía como un conjuro para poner rápidamente las cosas en su lugar. Porque la regla número dos (esto también le había dicho Ramírez aquella mañana luego del largo silencio durante el cual había encendido y terminado uno de esos puros baratos con los queapestaba




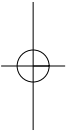
la oficina, mientras observaba o fingía que observaba los barcos rojos y azules boyando sobre la sábana blanca del canal a través del gran ventanal que daba al río), la regla número dos rezaba: Nunca, por ningún concepto, llevarse el trabajo a casa. (Tal vez al principio te creas que hay algo de glamoroso en este laburo que para vos es como un protagonista en una película de matiné, tal vez te rindas a la fascinación de observar sin ser visto, al placer morboso de hurgar en la intimidad ajena, pero si sos vivo enseguida te vas a dar cuenta de que la cosa viene por otro lado, de que no se trata de resolverle la vida a nadie ni de hacer psicología barata y quijotadas de folletín; los clientes te pagan para que pierdas el tiempo en el auto fumando y comiendo comida chatarra hasta conseguir las cinco fotos que escrachen al pobre tipo de la mano de una pendeja, te pagan para que revuelvas en la basura, para que oficies de mudo testigo de los chanchullos ajenos, para que registres todo con la mirada en blanco del lacayo, la mirada inocua del animal. Palabras más, palabras menos, las palabras de Ramírez.) Gallo, que venía huyendo del pueblito de provincia listo para aceptar sin objeciones cualquier cosa que la vida le ofreciera, imaginaba entonces el trabajo como una especie de terapia: pocas palabras, cara de póquer, y paciencia, sobre todo paciencia, a la espera de que los otros mostraran sus cartas.

(¿Mostraría sus cartas Nélide frente a la mujer de anteojos pequeños y mirada estrábica a la que acudía todos los martes y jueves a la salida del colegio, y a la que él había visto una sola vez, brevemente, el primer día? La estrábica lo había recibido y despedido con un blando apretón de manos, echándose un poco hacia atrás como evitando todo tipo de contacto o interlocución o velada complicidad con él, y se había llevado a Nélide de la mano cerrándole la puerta peligrosamente cerca de la nariz. ¿Confesaría Nélide? ¿Lo inculparía?)

Gallo pensaba que estaba bien que Ramírez le dijera de entrada todo esto que más que instrucciones parecían con-



sejos de padre, algo que en alguna medida Ramírez representaba, a pesar de que el detective —el cabello teñido, el bigotito policial, la piel poceada y brillante, el cuerpo corto y ancho como un armario— era como el negativo del padre: alto y raquíto, los escasos pelos blancos coronando el rostro demacrado consumido por el cáncer, la imagen de la fragilidad de los últimos días que había terminado borrando todas las otras imágenes. Esa actitud, la de tomar sus comentarios con la displicencia de quien no escucha nada nuevo, había marcado su relación con Ramírez en los veinte años en los que había ido aprendiendo de él el oficio, el estilo y las mañas. Por eso, para cuando Ramírez decidió por fin retirarse a la ciudad balnearia y dejar el negocio en sus manos, Gallo había dejado de ser Gallo para convertirse en algo que se parecía bastante a Ramírez, sin llegar a serlo del todo. De ahí la costumbre de mirar por el gran ventanal de la oficina mientras escuchaba cómo el cliente le soltaba largos, minuciosos prolegómenos evitando llegar al meollo del asunto, postergando el momento de plantear de manera explícita el objeto siempre delicado, siempre vergonzante de la visita para, luego de hacerlo, callar, repentinamente arrepentido de haber revelado el infame secreto. Sólo entonces, ante la certeza de que el interlocutor había asumido la posición de debilidad de quien confiesa prematuramente sin haber negociado nada a cambio, se sentaba Gallo a su escritorio, ofrecía un café (oscuro, recalentado, que empeoraba con las horas, y que le alcanzaba la secretaria desde la antesala ante la mirada a esas alturas esquiva del cliente victimizado), extraía de un cajón el cuaderno de notas (un cuaderno por caso; Ramírez, otra vez) y daba comienzo a la investigación.



Por eso el silencio de la mujer lo tomó por sorpresa, obligándolo a sustraerse antes de lo pensado de la fingida contemplación del atardecer en la marina —que hacía unos años y gracias al acelerado desarrollo inmobiliario de

la zona portuaria había desplazado al canal y a los viejos barcos rojos y azules, elevando ostensiblemente el valor de su oficina y sus honorarios— para volver la vista como un actor desconcertado ante un compañero que acaba de confundir los parlamentos y repetir, con mayor convicción esta segunda vez: Usté dirá, señora.

Satisfecha de que por fin le prestara la debida atención, la mujer le lanzó el pedido con un gesto de asco:

—Mi hija desapareció. Quiero que usted la encuentre.

La mujer era alta, delgada y morena, y vestía un traje negro de lana que resaltaba los contornos de un cuerpo ejercitado que se insinuaba otrora perfecto, ahora perfeccionado por la sujeción al vestido y a las medias largas, también negras. Gallo —que no pudo evitar un segundo de ávida contemplación que, para su zozobra, no pasó inadvertida— creyó adivinar en ella la expresión de una mujer reservada habituada a sobrellevar a los hombres.

—¿Podría darme más detalles?

—¿Qué necesita?

—Cualquier cosa que pueda ayudar. ¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace dos días.

—¿Llamó a la policía?

—¿Para qué?

—Tal vez tuvo un accidente.

—Sé lo que está pensando. Se equivoca. La nena se llevó una valija con ropa, algo de dinero, y la tarjeta de crédito. Salió temprano a la madrugada mientras dormíamos y ya debe estar lejos de aquí.

—¿Es la primera vez que esto sucede?

—Sí.

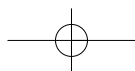
—Lo más probable es que no sea nada, tal vez se haya ido a dormir a casa de una amiga.

—Ya hablé con todas ellas, ninguna la ha visto.

—¿Amigos?

Por toda respuesta, la mujer le alcanzó una fotografía. El parecido era sorprendente. Aun en su delgadez púber,





los grandes ojos negros y la sonrisa seductora realzados por la cámara le permitieron a Gallo proyectar hacia atrás en el tiempo el semblante de esta mujer que ahora lo escudriñaba con ojos expectantes detrás del gesto duro.

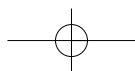
—¿De cuándo es esta foto?


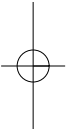
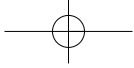
—De hace un mes —y luego, anticipándose, con un ligero quiebre de la voz que Gallo no alcanzó a descifrar—: Quince años.

Por donde se lo mire, la cosa pinta de poca monta, concluyó Gallo, repasando mentalmente los detalles del caso.

Hacía rato que la oficina había quedado vacía. Afuera, los destellos rojinegros del atardecer habían dejado paso a las luces amarillas de las luminarias sobre la avenida costera, las luces blancas de los autos huyendo del centro, las luces multicolores de los bares y restaurantes que bordeaban el canal y la marina.

Inclinado sobre el escritorio, Gallo estudiaba los contornos antojadizos, deliberadamente equívocos, de las piezas de cartón del rompecabezas. De vez en cuando creía descubrir una que parecía cuadrar con los colores apastelados, los límites capciosos de la silueta que se iba formando como una mancha de humedad sobre la superficie de madera, la tomaba y probaba suerte, acertando ocasionalmente, fallando la mayoría de las veces, mordiendo el anzuelo delicadamente tendido por el diseñador. Entonces se frustraba, se obstinaba por un momento en encontrarle ubicación a la pieza que aún tenía en la mano, hasta que la razón terminaba imponiéndose y volvía a colocarla a un lado, junto con el resto. La práctica le había enseñado que el truco no consistía en progresar del fragmento al conjunto: sólo cuando el conjunto —virtual, latente, inconstante— se manifestaba de manera precisa en su mente, los fragmentos adquirían sentido y su relación con el todo se volvía transparente. Gallo examinaba el rompecabezas con


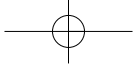




una paciencia que desconocía en él, enajenándose de los ruidos de la calle, perdiendo conciencia del tiempo, zambulléndose en la imagen llena de espacios vacíos que iba emergiendo como un dibujo en el agua. En este caso, el diseño iba revelando, luego de varias tardes de ensimismada labor, dos ojos claros, límpidos, penetrantes, los ojos de una niña. Del cabello, rubio, lacio, se desprendía un mechón que caía libre a un costado del rostro, coronado en la cima por una rosa roja desproporcionadamente grande. Más arriba, en la esquina superior derecha, una mariposa plateada sobrevolaba la rosa, que se abría hacia ella como una boca hambrienta. El juego, como todos los otros, constaba de mil piezas, endiabladamente parecidas pero distintas, cortadas con mano obsesiva por un hombrecito de anteojos que Gallo había conocido al azar hacía años buscando un juguete para Nélida, y que había cerrado la juguetería —en parte por la crisis económica y en parte porque sus artificios misteriosos y sutiles, muchos de ellos de factura propia, no parecían interesar demasiado a los adultos— para dedicarse de lleno a la confección de rompecabezas. Cómo sobrevivía el hombrecito con una actividad tan específica representaba un enigma para Gallo, que tenía la sospecha de ser su único cliente. En todo caso, con los años este pasatiempo se había ido convirtiendo en adicción, aunque el término no acababa de describir la relación del detective con este ejercicio de meticulosa reconstrucción que le permitía reflexionar sobre el trabajo del día sin extraviarse en el tedio o el agotamiento.

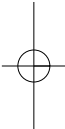
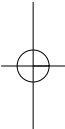
Por donde se lo mire, la cosa pinta de poca monta, concluyó Gallo repasando mentalmente los detalles del caso.

Nina, única hija del primer matrimonio de la señora de M (Isabel, cuarenta años) con C (empresario acaudalado y fallecido), buena alumna y deportista, alta, desarrollada prematuramente (tal como indicaba la fotografía), previsiblemente bilingüe, habituada a manejar la cupé descapotable que M (segundo marido de Isabel) le prestaba



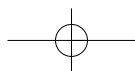
durante los fines de semana que pasaban, casi sin excepción, en un exclusivo barrio privado. Familia normal, noviazgo concluido recientemente sin consecuencias irreparables, vida de película Disney, todo según la versión del cliente. (Regla número 3: siempre dudar de la versión del cliente). ¿Motivo? Tarde o temprano surgiría el conflicto que pusiera todo en su lugar; la tensa relación con el padrastro, el noviazgo desafortunado, cualquier cosa bastaba para crear una revolución en la mente adolescente.

(¿Se vería obligado un día a cercar a Nélide como a una presa, traerla a casa a la rastra y encerrarla en su habitación o, peor, acecharla constantemente anticipando lo que ella pudiera hacer para lastimarlo? ¿Se convertirían en enemigos silenciosos, celándose como animales en pie de guerra, evitándose para no decirse palabras irremediables? La idea lo desesperaba. ¿Pero por qué había terminado pensando en Nélide? ¿De dónde ese vicio de imaginar paralelos improbables, esa costumbre de desplazarse al lugar del protagonista? Gallo se recriminó la flaqueza.)



Un rápido relevamiento en comisarías y hospitales no había arrojado ningún resultado, aunque sí había despertado el interés de Benítez, siempre a la búsqueda de información; demasiado pronto para saber, había frenado Gallo al policía, te mantengo al tanto. De todos modos, la chica no iba a tardar en dejar rastro. Aun en el caso improbable de que hubiera abandonado la ciudad, a la larga acabaría por gastarse el dinero (estas chicas no están acostumbradas a pasar necesidades), utilizaría la tarjeta de crédito (Gallo había solicitado un resumen diario de los movimientos) y fin de la historia. No parecía ser del tipo que se exponía a situaciones extremas para dar una lección a los padres, no a esa edad y con esos hábitos de adolescente adinerada, concluyó, al tiempo que completaba la nariz, pequeña y recta, de la niña de la rosa. Todo era cuestión de poner sobre aviso a las personas adecuadas, y sentarse a esperar.

¿Por qué entonces el desasosiego, la premonición, el brevísimo desacople?

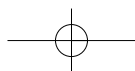



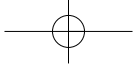
La alarma del reloj marcó las ocho de la noche, hora de partir. Echó una última mirada al rompecabezas: dos ojos lo observaban alertas, vigilantes. Mientras apagaba las luces de la oficina, sintió la mirada de la niña recorriéndole la espalda con su reclamo silencioso.

Poca monta. ¿No había pensado lo mismo diez años atrás? ¿No había incluso comprado —a regañadientes, es cierto— la versión oficial? ¿No había cobrado sus honorarios, cerrado todo con moño congratulándose de una tarea bien hecha y olvidándose del asunto hasta que la realidad obstinada había resurgido como un cadáver en el pantano una noche de lluvia?

En casa, Nélide lo esperaba, como de costumbre, con la comida en el horno. Lo recibió con un beso, y enseguida se metió en la cocina. (A Gallo le gustaba pensar que había heredado de Estela las dotes de cocinera. ¿Cuántas otras cosas escondía de ella?) Él, como de costumbre, se cambió rápidamente en la habitación —el cambio de piel con el que se desprendía del trabajo, y de la fatiga del día que, una vez en casa, se convertía en un agradable sopor semejante al efecto de un buen vino. Al sentarse a la mesa, sintió su cuerpo como una prolongación de la silla, su conciencia brotando de la materia inanimada. La muchacha se acercó con la fuente humeante y sirvió en silencio, llenó ambas copas, y se sentó, como de costumbre, en la otra esquina de la mesa. Sólo entonces le preguntó cómo había sido su día.


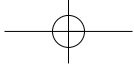
Nélide nunca cuestionaba su trabajo, nunca le preguntaba más de lo que él estaba dispuesto a contarle. Toleraba el retrainimiento obcecado del padre: no bien intuía que había agotado el límite de información disponible pasaba rápidamente a otro tema. (¿O era él que imaginaba todo



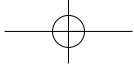


esto?) La muchacha, como Gallo a su edad, era una ávida lectora de novelas policiales aunque, a diferencia de él, había reemplazado las ajadas ediciones de bolsillo por el policial bien encuadernado de los Chandler y los Hammet. Con este material completaba, de manera vicaria y lateral, la imagen fragmentada que tenía de la ocupación del padre y de su personalidad reticente. Por su parte, Gallo, que había hecho del distanciamiento una práctica profesional, sentía al llegar a casa la urgencia de validar las expectativas de la muchacha, censurando los detalles que juzgaba perturbadores. De ahí su costumbre de editar y disfrazar los pocos datos que revelaba para solaz de Nélide, y su propensión a tejer anécdotas de factura propia, plagadas de giros improbables y caprichosas vueltas de tuerca, al punto de que sus relatos acababan pareciéndose, peligrosamente, a las películas de clase B de las que tomaba prestado el material. El componente ficcional se había ido incrementando con los años, a medida que Nélide agudizaba su oído y demostraba un interés y un conocimiento mayor del mundo que Gallo intentaba recrear. Casi sin darse cuenta, había terminado pergeñando guiones completos basados en los recuerdos que guardaba de sus años de lectura insaciable, cuidándose bien de maquillar la fuente a fin de aplazar la revelación del simulacro. Nélide agradecía el esfuerzo, las inocentes construcciones en las que reconocía los argumentos que ella misma consumía secretamente, como si la constatación de que la realidad replicaba aquel mundo de fantasía despejara la presunción, siempre latente, de algo más oscuro, más decididamente sórdido en la vida del padre. De ahí su interés insaciable, y su respeto reverencial por el silencio de Gallo. Nélide había aprendido a balancearse entre la curiosidad y la aprensión.

Gallo ya no recordaba cómo había hecho la transición entre Marlowe y Ramírez. Recordaba los detalles de los primeros casos, pero no el momento exacto del alumbramiento en el que la resaca del primer trabajo terminado había reemplazado al inocente nihilismo de ficción. El



detective de novela se limita a reconstruir meticulosamente la sucesión de hechos que se propone investigar, sin alcanzar nunca la resolución del misterio que se le revela en última instancia inefable o, peor aún, inaccesible. En la práctica, en cambio, la mayoría de los casos se resolvían —se procesaba la foto, se encontraba a la persona, se cobraban los honorarios— pero el verdadero desenlace le estaba vedado al detective por definición. El cliente retornaba prematuramente a la oscuridad de donde había surgido, dejando al detective librado a sus propias especulaciones (¿abandonaría la mujer engañada a su esposo o se contentaría con una disculpa suplicada entre lágrimas, o con el simple conocimiento silencioso del hecho?, ¿se reunirían los viejos camaradas presuntamente distanciados o se matarían en un ajuste de cuentas?). Siempre con información insuficiente y demasiados grados de libertad, Gallo se había habituado a este acceso fragmentario a las vidas ajenas, instantáneas que no revelaban más que una fracción minúscula y olvidable de la intimidad de sus sujetos: unos pocos datos proporcionados por el cliente —que Gallo sospechaba parciales y mentirosos— y algún que otro indicio que surgía de la evidencia epidérmica recogida durante el encargo, como en una foto fallida en la que las partes esenciales del cuerpo y del entorno quedaran fuera del cuadro. (En los primeros años se había visto tentado a seguir el rastro de sus personajes una vez que se esfumaban de su campo visual, pero con el tiempo se había convencido de que el desconocimiento de las consecuencias de sus acciones era lo único que lo protegía del embrutecimiento o la parálisis.) Los detalles de sus primeros casos —y de cada uno de los casos siguientes, sucintamente documentados en los informes mecanografiados cuyas copias apilaba en los grandes archivos de su oficina— conformaban una memoria puramente mecánica, despojada —tal vez deliberadamente— de las sensaciones que acompañaron su temprano aprendizaje: el sentimiento de rechazo, el súbito temor a la pérdida de su propia intimidad, el repentino

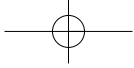


pudor (el placer culpable) del figón, el reconocimiento de su propio efímero poder para hacer y deshacer la vida de un extraño de manera arbitraria. Gallo no olvidaba nada, pero recordaba todo como a través del relato de un narrador omnisciente.

Por eso se complacía alimentando la visión romántica de Nélide que lo alejaba de su propia cotidianidad, preservando para sí mismo la imagen del Gallo que había ingresado por primera vez, una mañana lejana, en la oficina de Ramírez que ahora era la suya. Por eso el esmero con el que tejía las (muchas veces irreconciliables) desventuras de individuos anónimos, regodeándose en detalles irrelevantes, saboreando cada una de las peripecias que hilvanaba para beneficio tanto de Nélide como de sí mismo. Estas variaciones sobre el género policial ocupaban la mayor parte de sus conversaciones con Nélide —al menos de aquellas en las que él tomaba parte activa— y habían terminado por convertirse en el momento más esperado de su día. La mirada inquisidora de la muchacha lo cebaba, y cuando por fin su entusiasmo lo conducía a un callejón sin salida, cuando presentía que su desmesura amenazaba con desenmascarar su improvisada fábula, temiendo delatarse, callaba, dejando el relato incompleto, añadiéndole involuntariamente un halo de misterio que Nélide interpretaba inmediatamente como una señal para abandonar el tema.

—Todo es siempre tan complicado.

Gallo creyó detectar un segundo sentido en sus palabras, pero en la mirada de la muchacha sólo vio un dejo de frustración por lo que parecía ser una nueva historia que concluiría sin resolución, o simplemente la desazón de que el final de la historia los dejaría nuevamente solos, condenados a una conversación deshilachada. Le resultaba cada vez más difícil encontrar temas alternativos de conversación, como si un pudor irreductible lo inhibiera de aden-



trarse en los detalles más personales de la vida de Nélide, a la que intuía cada vez más parecida a la madre, cada vez más distinta a él. (De este modo, reproducía involuntariamente la relación con su propio padre: los fatigados monólogos sobre mecánica y automóviles, los interminables silencios, hasta que el cierre del taller y el desempleo terminaron por enmudecerlo del todo.) ¿Cuándo había comenzado a esconderse de Nélide? Sólo el amor lo había ayudado a soportar la intimidad, muchas veces dolorosa, de su relación con la muchacha, el único afecto que Gallo se había negado a clausurar.

—Los viejos de Vicky se separaron. Tuvieron una discusión muy fuerte y él se fue de la casa.

Gallo recordaba al tipo, sesenta años, alto y flaco, inexpresivo como un muñeco de cera. Cara de oficinista adicto a la rutina, sentado siempre en la última fila en las reuniones en el colegio, esperando pacientemente el momento de retirarse.

—Parece que salía con otra desde hacía tiempo.


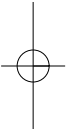
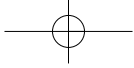
Un hombre gris al borde de la desaparición, un espectro, repentinamente iluminado por una relación extramatrimonial, como una tarde soleada de invierno.

—La mamá estaba muy alterada. El viejo ahora vive en un departamento por aquí cerca, pero Vicky dice que ella no lo piensa ir a visitar.

—Ya se le va a pasar.

Gallo la imaginó en la habitación a oscuras, los ojos muy abiertos devorándose la oscuridad, los gritos sofocados llegando desde el living, los pasos en el pasillo, la figura a contraluz, el padre explicando lo inexplicable, invocando diferencias irreconciliables, mintiendo sin convicción, o tal vez sólo sentándose a su lado, silencioso e inexpresivo como en las reuniones del colegio, a la espera del abrazo reconciliador que no llega. Y antes aún, la imagen del detective entregando las fotos, dos de la mano, una minita





joven, menos atractiva que la madre hace veinte años pero mucho más joven que la madre veinte años después, mejor dispuesta, la sonrisa fácil, dichosa con sus dos horas diarias de exclusividad. (¿La secretaria? ¿La camarera del bar donde almuerza todos los mediodías? ¿Qué mujer podía aspirar a ser rescatada por este oscuro oficinista? ¿Qué secreta e imperiosa necesidad podía mover a una mujer a juntarse con alguien que le ofrecía tan poco?). Gallo recordaba vagamente a la madre de Vicky —cuarenta, cuarenta y cinco años, en todo caso, visiblemente más joven que él—, atractiva a su manera contenida, ni sugerente ni distante, de orgullosa ama de casa que evita con gesto altivo la nostalgia del tiempo en que fue hermosa y seductora, convencida de su destino de matrona hasta que la violencia del olor extraño, de las excusas inverosímiles, del dato inocultable la devuelve a la realidad. O tal vez no, tal vez había sido él (¿cuánta evidencia es necesaria para que la negación deje de ser una alternativa?) el que, incapaz de tolerar la doble vida, o enardecido por su inesperada felicidad otoñal, le había confiado la verdad en un acto de contrición detrás del cual se adivinaba el desquite por una culpa que en su interior juzgaba inmerecida. Momento de liberación exaltada que sólo podía preceder al desencanto.

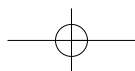
—No creo que se le pase. Hay cosas que son imperdonables.

—¿Qué es imperdonable?

Por un segundo, la muchacha lo miró como si lo desconociera.

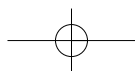
—La mentira. El ocultamiento.


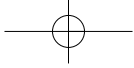

Como todas las noches, al terminar la cena, Gallo le pidió que le tocara algo al piano. Nélida hizo un gesto como de cansancio —más de tedio que de agotamiento, la protesta sin convicción de la niña a la que le recuerdan que debe hacer su tarea— pero una inclinación de la cabeza, una sonrisa casi suplicante de Gallo bastaron para que



ella condescendiera. Mientras se acomodaba y escogía la partitura, él se sirvió un Johnny Walker con dos cubitos de hielo, como todas las noches. Luego se instaló en el sofá y se preparó para el mini recital. El momento marcaba la resolución perfecta de su día, lo que terminaba de borrar los últimos rastros del mundo exterior que tardaban en disolverse. Verla allí, reconcentrada en la música, los ojos cerrados, las manos desplazándose de un lado al otro del piano, acariciando el lomo del instrumento, le recordaba a Estela, sus dedos largos y delgados, su facilidad para pasar de la urgencia dramática de un allegro al lirismo etéreo del adagio y de éste a la violencia rítmica de un scherzo.

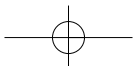
Gallo conocía de memoria las melodías —variaciones de Bach, preludios de Shostakovich, canciones de Mom-pou— que había descubierto maravillado en los conciertos en fundaciones y teatros de provincia adonde la había acompañado en los meses de noviazgo. Ciclos largos y extenuantes en los que luego la vería afanarse obsesivamente, mañana y noche, desde el día en que llegó al departamento con un piano y un par de valijas cargadas de ropa, un mes antes de que naciera Nélica. Sonidos que fueron llenando el reducido espacio compartido hasta hacerse indistinguibles de los sonidos de la construcción vecina o los de la televisión en el cuarto contiguo, mientras Estela se apagaba hasta perderse en los pequeños actos cotidianos, las comidas, la niña, el sexo desapasionado, breves intervalos en la sucesión incesante de notas que gradualmente se iban transformado en el lenguaje hermético de una autista. Asediado por la barrera sonora, Gallo había atribuido la lenta implosión de Estela a su propia impericia, al departamento pequeño, al recurrente llanto de la niña. El demoledor peso de la culpa no había tardado en invertirse y volverse contra ella, que al fin de cuentas nada tenía que reprocharle. Entonces, movido por un odio que no era más que el reverso del amor, había ensayado la agresión ante la mirada impávida de la mujer —como si ningún lenguaje pudiera contener su desesperación— y se


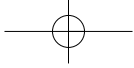






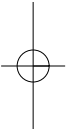
había sentido asqueado. Después de eso había bajado los brazos como ante una enfermedad incurable. (Viéndola irse de a poco, acabó por habituarse a esa presencia ausente, por eso la extrañó tanto cuando se fue del todo.)

Como todas las noches, al terminar la cena, Nérida tocó y él la observó extasiado. Siempre le llamaba la atención que esta persona a la que seguía viendo como una niña albergara en su interior todas esas emociones contrapuestas, tantas emociones que él desconocía y que lo desbordaban. Entonces, su temor a perderla se volvía insoportable.


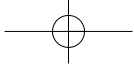




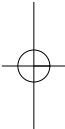
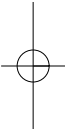
Pilar Gómez había desaparecido la noche de su cumpleaños número quince. Los padres habían consentido en que la nena prolongara el festejo junto con un grupo de amigas, movidos por la satisfacción de un evento que había salido a pedir de boca y por el efecto esmerilante del alcohol que no había parado de correr durante las casi ocho horas que había durado la fiesta. A la mañana siguiente, tras un momento de esperable negación, habían hecho una rápida ronda telefónica. Las amigas les habían comunicado, con la voz áspera de sueño interrumpido, que sí, que habían seguido la ronda en un bar, en el que habían quedado en encontrarse con Pilar luego de la fiesta, pero que no se habían encontrado, que no la habían visto desde la despedida en el salón, que estaban seguras, ¿cómo no habrían de estarlo?



Pilar Gómez era hija única, morocha, delgada, estatura media, ojos marrones, atractiva más que bonita. El padre era un intelectual conservador devenido político conservador, habituado al mando tanto fuera como dentro de la familia. (Luego sostendría que el desafortunado suceso había sido en parte un castigo —a todas luces desmesurado— por un instante de debilidad. Incluso había llegado a sostener, en un primer momento, que no recordaba haber autorizado la partida de Pilar, algo que contradecía la explicación de la madre, y que fue luego rectificado en las siguientes declaraciones.) Gómez padre era alto, apuesto,


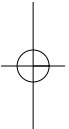
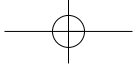


erudito, de una articulación estudiada. Más que angustia y ansiedad reflejaba —tanto en los encuentros con Gallo como en las innumerables apariciones públicas— el esfuerzo por contenerlas, como si su responsabilidad de hombre público estuviera por encima de todo. Tal vez allí residiera su verdadero talento, concluyó Gallo, que nunca logró encasillarlo del todo, algo que frustraba enormemente al detective. La madre era del tipo sumiso, lo que en su caso se aplicaba fundamentalmente a las decisiones del marido, al que parecía venerar de un modo cercano al aborrecimiento. Se llamaba Pilar, como la hija, y si bien en persona no se parecía en nada a la muchacha (pelo más corto, maquillaje más intenso, un rictus amargo en los labios conteniendo un llanto silencioso, la mirada en blanco de una suicida esperando el momento de lanzarse por la ventana), una inspección más cuidadosa revelaba una similitud arcana, como si el nombre denotara un código genético.



La historia se había desarrollado al comienzo de manera extrañamente simple. El lunes la empleada doméstica no había vuelto a trabajar. El martes ya se la daba por desaparecida. La coincidencia no había pasado inadvertida: el caso se caratuló inmediatamente como secuestro. No un secuestro común, sin embargo: el miércoles aún no habían recibido ninguna comunicación de los presuntos raptos. Por otro lado, los rastrillajes de la policía no arrojaban ningún dato sobre la empleada más allá de un rastro vago que se perdía tras la frontera. El viernes por la mañana, desahuciado por la escurridiza retórica policial, y gracias a referencias cruzadas que implicaban al recientemente retirado Ramírez con algunos oscuros personajes de la Secretaría de Inteligencia, Gómez se había apersonado en la oficina de Gallo.

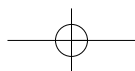
Su primera reacción —o estrategia, como le gustaba llamarla— había sido la de ponerse en el lugar de la empleada. Para esto debía adoptar alguna hipótesis sobre sus móviles. Ese mismo día había visitado el lugar donde



vivía la mujer, una pensión de mala muerte cerca del puerto donde compartía una habitación minúscula con otra expatriada que, al abrir la puerta y quedar cara a cara con Gallo, apenas había podido contener el impulso de salir corriendo. Tras un momento en el que Gallo esperó a que la mujer, bastante mayor o precozmente avejentada, ponderara con un visible esfuerzo mental sus escasas opciones (residía de manera ilegal en el país desde hacía treinta años y ya había recibido la visita poco diplomática de un par de policías irascibles), ésta se decidió a contarle lo poco que sabía de su compañera de cuarto, que resultó ser mucho (y, como se enteró más tarde Gallo, mucho más de lo que había compartido con sus anteriores visitantes). Gallo completó el identikit psicológico con entrevistas a otros moradores del mismo antro, todos renuentes a intimar con extraños pero bien dispuestos a hablar del prójimo, tras lo cual concluyó que los móviles de la mujer, si los tenía, no se correspondían con los del presunto secuestro.

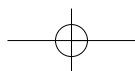
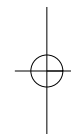
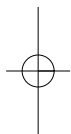
Previsiblemente, la policía buscaba a una mujer de cuarenta años, baja y maciza, pelo negro y corto, acento extranjero, acompañada de una adolescente, posiblemente drogada y vestida de largo. Gallo, por su parte, pensaba que, en el improbable caso de que la empleada hubiera estado involucrada, difícilmente fuera ella la autora material, por lo que a esas alturas ya debería haber puesto el paquete en manos de sus cómplices. Por otro lado, su propia incipiente investigación sugería que la mujer simplemente estaba huyendo de un malentendido. Ajustándose a sus términos de referencia (encontrar a la empleada, no a la muchacha), se había abstenido de mencionar esta hipótesis en su segundo encuentro con Gómez. Al día siguiente, había partido hacia la frontera.

Gallo se llenó los pulmones con el aire frío de la mañana. El invierno se anticipaba luminoso y benigno, un lige-



ro cambio de temperatura para evitar la complacencia del otoño, para endulzar la espera de la primavera.

Caminó bordeando el bajo, desde donde se veía, a la distancia, la lenta romería de los autos. Al llegar a la avenida y cruzar en dirección al centro, sintió cómo el aire se iba viciando con el esmog indiferente de los colectivos y el ruido familiar de las bocinas. Dos cuadras más adelante, el tránsito estaba detenido, atorado por un cordón humano. Cien personas con pancartas cantaban y saltaban. Al momento siguiente conversaban entre ellos secundados por el ritmo de un bombo solitario, un descanso entre números de un espectáculo callejero. Las manifestaciones se habían hecho más frecuentes en los últimos meses. Pequeños grupos aparecían sin previo aviso y cortaban calles del centro escogidas al azar, provocando embotellamientos repentinos y reacciones acaloradas de los conductores que nunca pasaban a mayores, ante la indiferencia de los policías que observaban impávidos, diríase que fascinados por el caos. Gallo se maravillaba de la capacidad de los seres humanos de conducir estos ejercicios de catarsis colectiva siempre al borde de la anarquía. ¿Cuánto tardarían en trenzarse en una batalla campal, como animales confinados a un espacio demasiado pequeño? La protesta no iba por ahora más allá de la protesta, como el llanto de un niño incapaz de verbalizar el descontento o de sobrellevarlo en soledad. La ocupación de espacios públicos irrumpía en la cotidianidad de la ciudad como una llamada de atención, colectivizando el malestar. ¿Estaba la ciudad en vísperas de una transformación cualitativa, o era esto sólo la respuesta al dolor renovado, la queja instintiva que precedería al acostumbramiento y la adaptación? Imposible ver el paso de la historia, pensó Gallo, que tendía a pensar la historia como una serie de variaciones. La repetición podía ser tan sólo apariencia, pensó, la realidad podía llevarnos, a través de pequeñas alteraciones imperceptibles, a un punto de llegada bien distinto del de partida. Se necesitaría una perspectiva de muchos años



para advertir este desplazamiento. La historia, de este modo, excluía al presente.

En todo esto pensaba Gallo mientras cruzaba la avenida y atravesaba el cordón humano —que nuevamente se había puesto a cantar y a bailotear desafiando la cólera de los conductores y la abulia de los peatones— para entrar en un moderno edificio de oficinas puro metal y cristal espejado donde una muchacha de uniforme azul le pidió los datos y el documento y le dio a cambio una tarjeta que le franqueó el acceso a los ascensores.

Mientras se elevaba hasta el piso 35, Gallo tomó nota de los impecables trajes oscuros, que se fueron haciendo más oscuros a medida que el ascensor ascendía, como si la altura determinara diferentes niveles de oscuridad y membresía al selecto club de ejecutivos en apariencia idénticos (ciertamente semejantes) que parecía poblar el edificio. (Gallo, crecientemente consciente de su terno marrón arrugado y de mala factura. Lo primero, absolutamente remediabile; lo segundo, menos una cuestión económica que preferencias estéticas o, más precisamente, la falta de éstas, tal como insistía en recordarle Roberta, siempre desde lejos y en voz baja como cuidándose de no herirle el amor propio.) Al llegar al piso veinticinco las puertas se abrieron a un amplio salón con cuatro largos escritorios tras los que asomaban los rostros de otras tantas secretarias. Se acercó a la menos bonita, a la que presumió más accesible.

—El señor M, por favor.

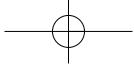
—¿Quién lo busca?

—Gallo.

La secretaria, joven, algo regordeta, pelo rubio recogido en la nuca, esmeradamente pintada y perfumada, hurgó en la pantalla de la computadora y, tras un segundo de vacilación en el que aprovechó para escudriñarlo brevemente, le preguntó, en un tono una octava por debajo de su registro natural y con una sonrisa inesperadamente elástica en el rostro:

—¿Para qué hora tiene su cita?



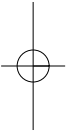


Gallo pensó en las posibles razones por las que M habría olvidado registrar su visita en la agenda del día. Podía deberse a la falta de antelación: sólo hacía una hora que había recibido el llamado de M solicitando una entrevista urgente (aunque su voz en el teléfono sonaba más bien indiferente). Más probable era que M simplemente no quisiera registrar su visita en la agenda del día, ni en ningún otro lado.

—Vengo por un asunto personal. Hablamos por teléfono hoy por la mañana.


Nueva vacilación. Luego el teléfono, la voz casi un susurro de la secretaria, que no le sacó los ojos de encima.

—El señor M está en una reunión, pide que lo espere unos minutos.




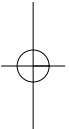
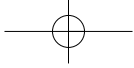
Los minutos resultaron ser una media hora larga, como pudo constatar en su reloj cuando la voz de la sonrisa elástica lo arrancó de su letargo. (Seis o siete horas de sueño como la gente normal, le había recomendado el médico, y probablemente tenía razón, pero entonces por qué se negaba a recetarle las pastillas, si ya hacía más de dos años de aquel incidente. Tal vez fuera hora de cambiar de especialista. Pero la familiaridad con su médico o, mejor dicho, el laborioso proceso de familiarización con una nueva persona, era para Gallo una barrera difícil de soslayar.) La secretaria lo miró un momento en silencio, luego repitió:

—El señor M lo puede recibir ahora.



Desde su lugar en el sillón, la muchacha le pareció ahora increíblemente alta, como bajo los efectos de un hongo mágico. Pensó en los límites de altura que solían imponer a las azafatas. ¿Ocurriría lo mismo con las secretarías de las corporaciones? ¿Guardaría relación la altura de la secretaria con la del lugar de trabajo?

La valquiria lo guió por un largo pasillo hasta una enorme oficina con un enorme escritorio de cristal a un lado, y una mesa con cuatro sillones de cuero al otro. En el medio, sobre un pedestal, la maqueta de un centro comercial de dimensiones imprecisas (cuatro o cinco manzanas)



habitado por hombrecitos de juguete. La secretaria señaló uno de los sillones y lo invitó a sentarse y, nuevamente, a esperar. Póngase cómodo, no va a tardar. Tras lo cual procedió a retirarse con los pasos esmerados de quien se sabe observada. Gallo admiró la vista panorámica del centro de la ciudad a través de las paredes vidriadas, a la espera de que la muchacha se alejara, luego entrecerró la puerta que ella había dejado deliberadamente abierta y se acercó al escritorio para examinar las infaltables fotografías familiares. El señor y la señora M, en lo que parecía ser una fiesta al lado de una gran piscina, jóvenes, felices, perfectos; M y Nina en fluorescentes ropas de esquí contra la montaña blanca; Nina en bikini en la playa, en pose de modelo (el pelo recogido a un lado del rostro levemente inclinado, una mano sobre la entrepierna, los labios entreabiertos, insinuantes, la cámara devorando su cuerpo adolescente); los tres juntos, turistas en una ciudad antigua (altas murallas de piedra continuándose en un mar turquesa), M a espaldas de las dos mujeres, la cabeza vuelta hacia Nina, la muchacha gritándole algo al camarógrafo, la madre mirando hacia un costado, lejos de la escena.

—Espero que no lo haya hecho esperar demasiado.

M era idéntico al tipo de la foto: alto y flaco como un quijote, cabellera entrecana y menguante, prolija barba blanca de intelectual maduro, impecable bronceado. Hasta su atuendo, cuidadosamente informal, emulaba la indumentaria del ocio turístico. Gallo lo saludó como si lo conociera.

—Las fotos fueron una buena introducción.

M le tendió una mano blanda y escurridiza, y se sentó detrás del escritorio.

—O sea que a esto se refería Isabel con lo de un profesional.

—Los hay de diversos tipos.

—Lo hacía más alto, con piloto y cigarrillo.

—Pensaba que fumar estaba prohibido en estos edificios.

—De hecho, lo está. Pero póngase cómodo, hombre.

En su profesión Gallo se había cruzado con muchos ejecutivos de grandes escritorios, categoría imprecisa que asociaba a aspectos tan dispares como la acumulación de bienes, la preferencia irracional por los zapatos italianos, o la capacidad para desgranar complejos conceptos financieros. Aun tomando en cuenta los típicos errores de muestreo, M no se ajustaba en absoluto a este estereotipo. Ausentes estaban la confianza autista en las señas externas de identidad —poder, dinero, posición, posesión—, la oculta desaprobación por lo diverso, la inocultable frialdad, todos rasgos que M exhibía sin convicción, como un actor insuficientemente preparado.

—Mi mujer está preocupada.

—Es lógico, su hija ha desaparecido.

—Mi hija, como usted la llama, es la hija del primer matrimonio de mi mujer, y se fue de casa hace dos días llevándose una valija de ropa y bastante dinero. Aunque usted ya debe estar al tanto de todo esto.

El sarcasmo, deliberado, fue inoportuno frente el silencio no deliberado de Gallo, que aun esperaba de él algún indicio del motivo de la reunión. M hacía un esfuerzo visible —y, a juzgar por su expresión mortificada, infructuoso— por encontrar el tono y las palabras adecuadas.

—No me malinterprete, yo también estoy preocupado y quiero que vuelva, aunque más no sea para no tener que soportar el malhumor de la madre, pero tengo buenas razones para pensar que esto no sucederá de un día para el otro, y en todo caso dudo de que esté *desaparecida* como dice. Nina sabe bien lo que hace.

—¿No le parece un poco joven para andar por ahí sola?

—¿Y cómo sabe que está sola? No se engañe, la nena tiene sus armas.

Gallo echó una mirada a su reloj (no a la hora: hacía una semana que la máquina se había detenido, pero no había encontrado razones para cambiarle la batería o

dejarla en un cajón; la consideraba tan esencial e inútil como una corbata o un par de gemelos).

—No creo que sea para darme este consejo que me haya hecho venir hasta aquí.

—No, no fue por eso. Quería conocerlo personalmente. Y pedirle que me mantenga informado.

—Técnicamente, mi cliente es su esposa, pero no dudo de que ella lo pondrá al corriente.

Gallo pensó que M era demasiado transparente para ser ejecutivo, y que siendo tan poco ejecutivo debía ser realmente bueno en alguna otra cosa para estar a cargo de la empresa. (Lo vio fugándose de la habitación, ausentándose momentáneamente con cualquier excusa y desapareciendo para siempre mientras Gallo lo esperaba por horas con vista al río.) Pensó que alguna gente es tan transparente que en presencia de extraños parece ocultar algo aunque no oculte nada. Pensó también que se estaba dejando llevar por las analogías y que, si bien todos los casos son iguales en algún sentido, son bien distintos en muchos otros.

—¿Cuánto le paga?

—Lo suficiente.

—¿Cuánto?

—¿Me está sugiriendo que altere los protocolos de mi investigación?

—Les estoy pidiendo que me tenga al tanto, eso es todo, para evitar sorpresas, manejar mejor la información, en mi trabajo, usted sabe...

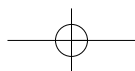
—Desearía poder satisfacerlo, pero esto me crearía un dilema moral, y los dilemas morales agudizan mi insomnio.

M lo observó en silencio como si no terminara de entender la respuesta de Gallo. Luego agregó, la mirada baja, en voz casi inaudible:

—No sabe en lo que se mete.

La admonición no parecía dirigida a Gallo tanto como a sí mismo. Ante la duda, Gallo optó por dejarla pasar.

—¿Quería decirme algo más?



M hizo un último esfuerzo por conectarse telepáticamente con el detective, la vista clavada en él por un largo minuto como esperando que desapareciera de la oficina y de su vida.

—No, nada más.

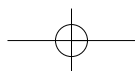
Al despedirse, Gallo le preguntó donde había sido tomada la foto de la piscina.

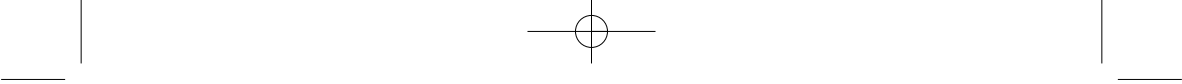
—En casa de C, hace como mil años.

Tres cosas que le había confiado la vieja de la pensión habían encaminado a Gallo directamente al pueblo de origen de la empleada. Hablando de la bondad de su compañera (siempre iba a la iglesia, a pedirle a San Ignacio), había mencionado que la mujer adoraba a los niños (pobrecita, justo ella que no podía tenerlos, un accidente cuando chica o algo así) y que le habría gustado tener un niña para llamarla Antonia. Nombres.

Lo primero que hizo al llegar a San Ignacio (unas treinta manzanas de casas bajas aplastadas contra la tierra roja por un sol inclemente) fue acercarse al único hospital, un edificio destartado donde enfermeras y pacientes desangrados se confundían en los atestados pasillos. Tras pedir hablar con el director, lo había recibido un médico casi enano de cuerpo musculoso y delantal sudado. Los abortos no los practicamos nosotros, lo había interrumpido el médico no más comenzar, y si los hiciéramos no tendríamos registro escrito, como se imaginará. Acto seguido le había dado el nombre de una partera, tras lo cual se había parado y le había tendido la mano invitándolo a partir.

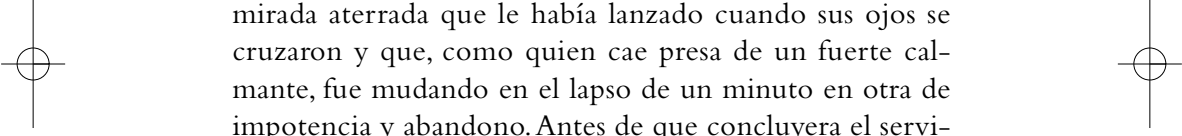
La partera sí recordaba el caso (nada se me olvida, le había dicho orgullosa). Doña Antonia vivió y murió en San Ignacio, en una casa de acá a la vuelta, le había confiado en un castellano golpeado. Y luego, como si finalmente cayera en la cuenta de la situación, había agregado sin convicción: pero seguramente no es la persona que usted busca, hay muchos pueblos chicos como éste y cada uno tiene miles de historias de este tipo. Eso me temía, había



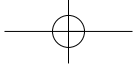


contestado Gallo, y había concluido la charla agradeciendo efusivamente el tiempo dispensado.

Luego había caminado sudando copiosamente bajo un sol de fieltro las tres interminables cuadras que lo separaban de la plaza y la iglesia, poco más que una capilla. Las frescas paredes de adobe le sirvieron de refugio. Aun en aquel cementerio calcinado donde sólo se oía el volar de las moscas enardecidas, el sosiego de la sombra le sabía a silencio. A las cinco habían comenzado a llegar los feligreses, que al pasar a su lado miraban de reojo al extraño que oraba inmóvil, la cabeza entre las manos, en el último banco, y que, ya en sus asientos, volteaban de vez en cuando, tal vez esperando que desapareciera. La distinguió inmediatamente, el pelo más largo, más baja y corpulenta de lo que la había imaginado. Pero aun si no se hubiera asemejado a la fotografía, aun si no hubiera tenido ninguna referencia de su aspecto la habría identificado por la mirada aterrada que le había lanzado cuando sus ojos se cruzaron y que, como quien cae presa de un fuerte calmante, fue mudando en el lapso de un minuto en otra de impotencia y abandono. Antes de que concluyera el servicio, Gallo había salido de la iglesia y había caminado un par de cuadras hasta dar con un locutorio.



Sin quitarle los ojos de encima, el hombre de la garita —un gigante con cara de rufián o boxeador retirado— anunció su nombre por teléfono y aguardó la autorización. (Gallo agradeció la espera que le permitió terminar su cigarrillo sin apuro.) Un minuto más tarde dijo algo al aparato y se volvió hacia él. El portón metálico se deslizó sobre sus rieles, abriéndose a un ancho jardín dividido por un sendero de piedra que conducía a un imponente chalé de aires victorianos. El hombre de la garita le indicó que ingresara con una lenta inclinación de cabeza que a Gallo le pareció una advertencia. Mientras recorría los veinte metros que lo separaban de la casa, oyó el ruido metálico



del portón que volvía a cerrarse. Sólo entonces se abrió la puerta de entrada. Una empleada de uniforme blanco lo invitó a pasar con gesto mecánico y lo acompañó hasta el living sin decir palabra. Aguardó un segundo a que él tomara asiento y luego desapareció tras la puerta vaivén que daba a la cocina.

Preparado para una larga espera, Gallo se dedicó a examinar el living desde el que se divisaba el gran parque arbolado que rodeaba la casa por detrás, el mobiliario moderno y minimalista que contrastaba con las pesadas alfombras orientales y con el estilo general de la casa, los objetos cuidadosamente escogidos y emplazados que Gallo no reconocía pero que adivinaba emblemáticos, las paredes generosas de las que colgaban cuadros abstractos de dimensiones ciclópeas (grandes manchas de color que despertaron en Gallo una mezcla de reverencia, turbación y rechazo). Evaluó que la casa no reflejaba en nada la imagen que se había hecho de aquella mujer prescindente, remota. La ostensible exhibición de riqueza, ¿formaba parte del conjunto de accesorios con los que un tipo como M certificaba —para sí mismo, para aquellos de los que la obtenía— su cuota de prosperidad y poder? ¿Aborrecería Isabel la cruda exposición de la que ella también era objeto, sobre todo ahora que la luz de la mañana desnudaba el simulacro en toda su esmerada teatralidad, o se mimetizaría con el rol, arreglándose antes de salir a escena? En todo caso, demasiado temprano para una visita no anunciada: se imaginó a la mujer en su cuarto, aún sin vestir, la expresión de sorpresa apenas disimulada frente a la criada, su fastidio por la inesperada intromisión en su intimidad, de la que tan pocos datos había querido revelar en la primera entrevista. Incluso, por qué no, su recelo ante la presencia de un extraño que en ese mismo momento la esperaba sentado en el sofá del living tomando nota de sus pertenencias. La esquizofrenia de los ricos, atrapados entre la necesidad neurótica de mostrar y la compulsión paranoica a ocultar por temor al despojo.

